

***Discurso final de la reunión de análisis de las maniobras en  
Kotyuzhany,  
León Trotsky  
12 de septiembre de 1921***

(Versión al castellano de Vicent Blat desde “[Concluding Speech. At the Analysis of Manœuvres at Kotyuzhany](#)”, en [Trotsky Internet Archive](#) (consultado el 7 de abril de 2024). Discurso final de la reunión de análisis de las maniobras en Kotyuzhany, 12 de septiembre de 1921. Kotyuzhany, en la línea de Vinnitsa a Mogilev-Podolsky, está a sólo unos 65 kilómetros del río Dniéster, entonces frontera de facto con Rumanía. En septiembre de 1921, las tropas del distrito militar de Kiev llevaron a cabo maniobras en la margen derecha de Ucrania. El análisis de estas maniobras tuvo lugar en la zona de la estación de Kotyuzhani, que se encuentra en la línea entre Zhmerinka y Mogilev-Podolsky. El discurso pronunciado aquí fue publicado como un folleto separado por el Tren del Presidente del Consejo de Guerra Revolucionario.)

Camaradas, antes de dejarles regresar a sus unidades permítanme resumir en pocas palabras la impresión general obtenida de las maniobras y del análisis que se ha hecho de ellas.

El nivel mismo de la discusión, el carácter mismo del análisis, atestiguan hasta qué punto ha crecido seriamente el Ejército Rojo. Hace un año o dieciocho meses, un análisis como éste, con la participación activa no sólo de los mandos superiores, sino también de los mandos intermedios, no habría podido tener lugar. Aquí se muestra una mejora incuestionable. Hemos oído muchas críticas, a veces muy severas y duras, pero es justamente esta actitud de exigencia crítica la que atestigua la elevación del nivel del ejército y, sobre todo, del nivel de su personal de mando. El ejército ha madurado, se presenta con tareas más complejas y se somete a exigencias más estrictas.

Pero al mismo tiempo, a la luz de estas mayores exigencias y de las tareas más complejas a las que nos enfrenta la situación internacional, las maniobras nos han revelado con mayor claridad nuestros lados oscuros y débiles.

Si hubiera que resumir todo lo que se ha dicho aquí, habría que decir: la debilidad de las maniobras consistió en la falta de correspondencia entre concepción y ejecución. El plan operativo real tenía, en ambos bandos, un carácter extremadamente claro, nítido y, por así decirlo, absoluto. Pero se rompió en el proceso de ejecución porque no fue corregido de acuerdo con la situación y las acciones del enemigo, y en consecuencia desapareció en el curso real de las operaciones, que demostraron, en la práctica, carecer de cualquier dirección unificada.

\*\*\*

La idea de mando en las operaciones que predomina entre nosotros se basa principalmente en la amplitud y audacia de la concepción estratégica, la extrema movilidad de las unidades, la rapidez de la marcha y la impetuosidad en el ataque. Tanto objetiva como subjetivamente, nuestra actual estrategia de maniobra contrasta con la estrategia posicional de la guerra imperialista. Existe una tendencia a establecer un contraste de principios entre esta estrategia nueva o “revolucionaria” y la estrategia del viejo militarismo. Sin embargo, cualquier contraste de este tipo requiere una matización sustancial.

La guerra imperialista se caracterizó por la inmovilidad de la línea del frente, un alto grado de compactación de las masas implicadas y una masificación sin precedentes

de la artillería y otros recursos técnicos. Con semejante estructura del frente casi no había lugar para combinaciones estratégicas inesperadas. Cada bando trataba de roer el denso frente presentado por el otro. La estrategia posicional, de la que a veces se habla aquí despectivamente, requería, sin embargo, una combinación de altas cualidades en la esfera del liderazgo, una estimación precisa de todas las fuerzas y recursos que poseía el enemigo, en sus constantes cambios (crecimiento o declive), un trabajo de inteligencia muy minucioso, una seguridad muy vigilante, una organización precisa, cuidadosa, en mosaico, de las fuerzas y recursos propios, la máxima atención a todos los detalles, y una combinación incesante de todas las fuerzas y recursos para la lucha. Lo vimos especialmente en el frente francés. Nuestro frente ruso contra los alemanes era mucho más débil y, en comparación con el frente de Francia, se podría decir que era un saco frente a un buen paño inglés. En general, sin embargo, las mismas tendencias posicionales prevalecieron aquí también.

Nuestra guerra civil, con sus maniobras, fue, en sus métodos y procedimientos, una reacción extrema de la guerra posicional. Sin embargo, este carácter de maniobra de la guerra civil no fue una manifestación de ningún “espíritu revolucionario” absoluto. Se produjo, sobre todo, como resultado del número relativamente pequeño de fuerzas que entraron en acción en espacios enormes. En comparación con los ejércitos de la guerra imperialista, tanto el Ejército Rojo como los ejércitos contrarrevolucionarios eran, sobre todo en el período inicial, fuerzas pequeñas que, por la propia naturaleza de la situación, sólo podían cumplir sus tareas realizando maniobras de gran movilidad. La habilidad militar, como tal, encontró aquí sin duda un amplio campo en el que manifestarse, a pesar de la relativa pobreza de recursos técnicos y, a menudo, del bajo nivel de adiestramiento de las propias tropas. Precisamente estas insuficiencias engendraron la necesidad de suplir todas las carencias mediante la imprevisión en las combinaciones, la audacia en la agrupación, la audacia en la maniobra. El interés de los comandantes por la estrategia de maniobra aumentó de forma notable. La forma más audaz de maniobra es la incursión de caballería. El entusiasmo por las incursiones alcanzó aquí un alto nivel.

Es obvio que este grado de libertad de maniobra no se encuentra siempre y en todas partes. Cuanto mayores son las fuerzas que participan en el conflicto, cuanto mayor es el nivel técnico, cuanto mejores son los medios de transporte y comunicación, más restringido y limitado debe ser el plan operativo, pero, al mismo tiempo, mayores son sus posibilidades de ser llevado a cabo.

Recuerdo cómo, en el período inicial de la creación del Ejército Rojo, algunos camaradas sostenían que, en virtud de la “naturaleza interna” de la guerra revolucionaria, no teníamos necesidad de formaciones superiores de cuerpos, divisiones o incluso brigadas. A una estrategia de maniobra, afirmaban, debía corresponder una pequeña unidad independiente, algo parecido a un regimiento compuesto: dos o tres batallones de infantería, un poco de caballería, algo de artillería. En aquellos días se debatió bastante entre nosotros sobre ese tema. Pero muy pronto, a medida que el propio ejército crecía, y también sus tareas, llegamos a formaciones más elevadas. Si ahora obtuviéramos un largo respiro que nos permitiera fortalecernos en lo que respecta a la economía, el transporte y la técnica militar, y si, después de eso, volviéramos a participar en la guerra (en el teatro occidental, digamos), no cabe duda de que nuestra estrategia tendría que basarse en masas más grandes, y asumiría un carácter más posicional, más pesado.

No estoy diciendo todo esto, por supuesto, para denigrar la idea de maniobras audaces, sino para mostrar la dependencia interna entre el plan operativo y la naturaleza y el número de las masas combatientes y la situación real.

Sin embargo, como ha quedado claro durante el análisis, la idea de maniobra estratégica ha adquirido entre nosotros un carácter absoluto, por así decirlo. Cada uno de

los comandantes tenía un plan estratégico bien definido ya al comienzo de las maniobras. Por supuesto, este plan se deducía a grandes rasgos de los hechos fundamentales de la agrupación de fuerzas al principio y de la naturaleza general de la localidad, y era totalmente anterior al desarrollo de las operaciones. El comandante consideraba que su tarea, en palabras de uno de nuestros ponentes, consistía en ejecutar su plan desde arriba hacia abajo, imponiendo su voluntad soberana y llevando el plan a una realización victoriosa. Un plan bien definido y una voluntad firme por parte del comandante constituyen ciertamente elementos necesarios para el éxito, pero, por desgracia, no son suficientes. La voluntad del comandante, que presiona desde arriba, no puede en ningún caso sustituir al trabajo en la esfera de las comunicaciones, el reconocimiento, la seguridad, los informes, el abastecimiento, etcétera. Sin embargo, todos estos aspectos tan importantes de una operación no se encontraban en concordancia real con la audacia del plan y la presión de la voluntad rectora. Cuanto más audaz y agresivo era el plan de ambos bandos, más importante era que cada uno de ellos se orientara a tiempo en el curso de las operaciones, para poder hacer correcciones a tiempo, tomar medidas de precaución y hacerlo pronto. En realidad, esto no ocurrió. Todas las exigencias del reglamento del servicio exterior dieron paso a la impetuosidad. En consecuencia, el resultado obtenido fue directamente opuesto al deseado por la voluntad rectora: a partir de dos movimientos *impetuosos*, dirigidos el uno contra el otro, pero sin sondearse mutuamente, se creó, imperceptiblemente y poco a poco, una situación que ninguno de los bandos había previsto, y en la que ambos perdieron esencialmente el rumbo. Al producirse el choque, todo el plan estratégico se descompuso en una serie de pequeñas tareas tácticas, en las que no quedó rastro del plan. Un exceso de voluntad orientadora por parte de los mandos condujo, en el momento decisivo, a su total paralización. Esta, camaradas, es la conclusión central que hay que sacar de las maniobras. Hemos comprobado clara y distintamente la insuficiencia del adiestramiento táctico de los hombres y de los mandos del Ejército Rojo: falta de adaptación adecuada a las condiciones locales, reconocimientos realizados en formas tales que constituyen una mera observancia ficticia de los reglamentos, sin producir ningún resultado militar serio; exactamente la misma situación en lo que se refiere a la seguridad; y también insuficiencia en la comprensión de las comunicaciones y en la capacidad de organizarlas. Órdenes muy importantes se envían en un solo ejemplar, por una ruta técnicamente poco fiable, etcétera, etcétera. Y detrás de todo esto está el comandante, con su plan matemático y su voluntad magistral. Si al plan y a la fuerza de voluntad que descienden de lo alto correspondiera una oleada, surgida desde abajo, de información de todos los lados, informes y resúmenes precisos e ideas derivadas de iniciativas tácticas en niveles inferiores, el plan inicial, tras sufrir inevitables modificaciones en el proceso de su aplicación, podría haber sido una condición extremadamente importante para el éxito final. Pero no fue así. Los fracasos se acumulaban a lo largo de toda la línea. De vez en cuando parecía que, por un esfuerzo de voluntad desde arriba, estos fracasos se habían superado, pero más tarde se produjo un inevitable colapso, cuando, a partir de pequeños fallos, errores, falta de información, ausencia de comunicación, falta de previsión, se creó una situación en la que ya nadie entendía lo que estaba pasando, y que inevitablemente, en la batalla, debía desembocar en el pánico. He aquí el defecto radical de nuestras maniobras: *la falta de correspondencia entre la concepción y la ejecución*.

¿Cuál es la solución? No se puede inventar una receta universal para resolver este problema. Es necesario un trabajo constante de organización y formación: hay que elevar el nivel táctico-militar general del ejército, tanto el de los mandos subalternos como el del soldado raso: sin ello, el mando superior se embriagará inevitablemente con su propia creatividad estratégica y luego, en el momento crítico, se topará con el hecho del

incumplimiento total de su plan. Por lo tanto, es necesario estudiar las condiciones sobre el terreno, estudiar y volver a estudiar.

Quisiera llamar su atención también sobre ciertos aspectos de la cuestión. Todos los que participaron en las maniobras dieron testimonio de la excelente moral de las tropas y de su gran ímpetu ofensivo. Ya hemos visto cómo este ímpetu ofensivo se rompió en pequeñas salpicaduras, porque no se controló tácticamente y no se organizó desde abajo hacia arriba. Aquí detectamos un ligero tufillo de aquella vieja actitud expresada en la frase: “Por qué preocuparse, está en el bote”, simplemente traducida al lenguaje revolucionario. Hay que añadir, además (y ahora quiero centrar su atención en este punto) que, según la opinión general, aparentemente ninguno de los dos bandos sabía cómo utilizar los éxitos particulares, llevarlos a buen término y convertirlos así, quizás, en el principio de una victoria estratégica. Esta incapacidad para explotar y desarrollar los éxitos tiene, a su vez, dos causas: en primer lugar, la insuficiencia, ya mencionada, de la formación táctica, y, en segundo lugar, un rasgo específico del carácter de nuestros comandantes obreros y campesinos, a saber, la pasividad y el buen carácter.

¿Por qué fueron derrotadas las revoluciones anteriores? Porque las masas populares se mostraron incapaces de desarrollar hasta el final sus éxitos, se contentaron fácilmente con sus victorias iniciales, no lograron consolidarlas, no destruyeron todas las posiciones del enemigo, no lo desarmaron completamente, pasaron fácilmente del ataque a la pasividad, perdieron tiempo, etcétera. Y la vieja clase dominante, momentáneamente debilitada e incluso derrocada, volvió a ponerse en pie, sondeó los flancos débiles del vencedor momentáneo y, aprovechando su oportunidad, le asestó golpes muy duros. En nuestra revolución vemos, por primera vez, en la persona del partido comunista, a un dirigente que quiere y puede llevar las victorias hasta el fin y enseñar a las masas trabajadoras a hacerlo: de ahí los éxitos obtenidos por nuestra revolución, y en ello reside una seria garantía de nuestra victoria final... Es esta firme voluntad, que no cede nunca, de alcanzar la victoria completa, de desarrollar cada victoria parcial, de desarmar y destruir al enemigo, lo que nuestros nuevos comandantes obreros y campesinos no han asimilado todavía del todo. Son, por así decirlo, demasiado “amables”, se satisfacen con demasiada facilidad, están demasiado dispuestos a ablandarse y a perder tiempo. A este respecto, debemos aprender mucho de nuestros enemigos. La fuerza de voluntad, el ímpetu, son cosas espléndidas, pero para la victoria también se necesita persistencia, atención, vigilancia, resistencia.

Camaradas, tenemos que prestar más atención a los detalles, a las particularidades, a las minucias de los asuntos militares. De lo contrario, el entusiasmo por las meras maniobras amenaza con convertirse en superficialidad. Este es un pecado muy grave en cualquier ámbito, y más aún en el militar. En asuntos militares no hay ni puede haber detalles que no merezcan atención. ¿De qué sirve la mejor de las órdenes si no llega a tiempo a su destinatario, o si se copia con distorsiones, o si no se lee con cuidado? Hay que prestar más atención a los detalles. Porque un todo se compone de una acumulación de detalles. La falta de atención a los detalles, a lo particular, es nuestro defecto básico. Es más evidente en el ámbito de los abastecimientos. Alguien ha dicho aquí, con razón, que no sólo nos vemos obligados a luchar con los escasos recursos técnicos de que disponemos, sino que esto seguirá siendo así en el futuro inmediato. De ahí la necesidad de observar la máxima economía. Pero esto no se hace. Sería extremadamente instructivo analizar las maniobras desde el punto de vista de los abastecimientos. Sin duda, nos convenceríamos de que la economía, la atención y el cuidado en el tratamiento de los bienes del ejército son inexistentes en lo que respecta a la mayoría de los hombres del Ejército Rojo, e incluso entre los comandantes y comisarios. Las botas no se engrasan, los fusiles no se limpian cuando es debido, los

caballos no se cuidan como es debido. Los comandantes y los comisarios ejercen muy poca influencia sobre los hombres del Ejército Rojo en este sentido, y de hecho ellos mismos son culpables. Somos capaces de morir heroicamente, pero no de cuidar nuestros fusiles. Hemos aprendido a maniobrar, pero no a engrasarnos las botas. ¿Y de qué sirve maniobrar sin botas? Si, cuando visito, por ejemplo, un cuartel general de división, veo una escalera sucia, toda salpicada de saliva y colillas caídas, me digo a mí mismo: las cosas están mal aquí, este es un lugar donde las órdenes se escriben ciertamente con errores, donde no se llevan registros adecuados del equipo entregado, etcétera. Quien es veraz en las cosas pequeñas, también lo será en las grandes<sup>1</sup>. Hay que prestar atención a los detalles. No me refiero, por supuesto, a la minuciosidad burocrática, sino a la atención a los detalles y pormenores prácticos, materiales, fácticos, los que, en última instancia, deciden el resultado de las batallas y las guerras, el destino de los ejércitos y los estados. Por la atención que se presta a estos detalles y pormenores se puede medir el nivel en el que se encuentra un ejército, se puede medir el nivel cultural de todo un pueblo... Todavía hay demasiada barbarie entre nosotros, tenemos que elevarnos.

Uno de los camaradas mencionó aquí que entre nosotros está bastante extendida una actitud de desdén hacia los reglamentos: de qué nos sirven los reglamentos, dicen, sólo coartan la iniciativa. Esta actitud de no dar importancia a la normativa es profundamente dañina. Es la misma podredumbre que se expresa en la frase: “Por qué preocuparse, está en el bote”<sup>2</sup>, aunque ahora el bote es revolucionario. El reglamento, condensa una inmensa experiencia militar. Si hay errores en el reglamento, señaladlos, y los corregiremos juntos. Si hay cosas innecesarias, hay que suprimirlas. Pero, sobre todo, hay que estudiar. Creo que los comandantes aquí reunidos harán un espléndido trabajo de educación y autoeducación si estudian atentamente los capítulos pertinentes del reglamento, basándose en la experiencia adquirida en estas maniobras. Mucho de lo que a un joven comandante le parecía letra muerta se llenará de contenido vivo: se convencerá de que nos confundiríamos menos y diríamos menos tonterías si observáramos el reglamento con más seriedad.

Vuelvo a la misma conclusión con la que empecé: hemos crecido, pero sería un crimen engañarnos y conformarnos con los éxitos conseguidos. Tenemos que progresar, elevar el nivel del Ejército Rojo, en todos los aspectos. Y esta tarea la cumpliremos.

Edicions Internacionals Sedov

Serie: Trotsky inédito en internet y en castellano

Edicions internacionals Sedov



[germinal\\_1917@yahoo.es](mailto:germinal_1917@yahoo.es)

---

<sup>1</sup> Trotsky utiliza aquí el equivalente ruso de las palabras de Jesús en Lucas 16:10: “El que es fiel en lo poco, también lo es en lo mucho”.

<sup>2</sup> La expresión rusa es literalmente: “Los aplastaremos bajo nuestras gorras militares”, y el comentario de Trotsky es: “Ahora son gorras revolucionarias”.